



Fotografía: Jusotil_1943. Dominio público.

La pedagogía ambiental de la novela

Javier Reyes Ruiz

Maestría en Educación Ambiental, Universidad de Guadalajara | México
reyesruiz7@hotmail.com

Introducción

Después de cerca de cuatro décadas, la educación ambiental presenta un panorama en el que existen convicciones, premisas y principios que se han venido acentuando o modificando a lo largo de su trayectoria. Todos ellos se expresan de diversas formas en los discursos y las prácticas, independientemente de sus resultados, otorgándole parte sustantiva a la identidad de esta tendencia de la educación, la cual obviamente no surge de la nada, sino que es heredera de una larga historia del pensamiento, de planteamientos teóricos que provienen de distintas áreas del conocimiento y que han sido retomados, implícita o explícitamente, para conjugar lo propio con lo ajeno.

Este artículo tiene el propósito de ligar sucintamente el cuerpo teórico de la educación ambiental (EA) con algunas novelas, tratando de identificar cómo en estas obras se encuentran viejas ideas que hoy, rejuvenecidas por la crisis ambiental, forman parte de lo que planteamos y creemos como educadores. Es decir, la educación ambiental, probablemente de manera inconsciente, ha dialogado con reconocidos narradores, ha abrevado de sus novelas y retomado su privilegiada mirada para escudriñar el mundo. El educador aspira, como los novelistas, a moverse entre el conocimiento y la imaginación.

Cabe recordar que la novela es un género reciente que nace en el siglo XVIII, es decir, es contemporánea de la revolución industrial (es tan nueva



Fotografía: Susan Young. Dominio público.

que no tiene musa griega, como advierte Goytisolo). Desde sus primeros pasos este género de la narrativa ha mantenido una estrecha relación con la naturaleza, la cual ha sido no sólo contexto de los argumentos, sino que también se ha presentado como un espejo de la humanidad.

Premisas de la educación ambiental y la novela

A continuación se presentan tres ejemplos de premisas vigentes de la educación ambiental y su, al menos, pretendida, correspondencia con algunas obras de la literatura.

Primera premisa: *hoy en día, para la educación ambiental resulta imprescindible que la humanidad comprenda a la naturaleza como una entidad compleja, profunda, esencial, contradictoria; que naturaleza y humanos somos una misma realidad; que no estamos en ella, somos ella misma. Y si la vida humana es sagrada, a la naturaleza habría que regresarle esa calidad que perdió hace tiempo, pero en una*

acepción más que ligada a una divinidad, una en la que lo sagrado es aquello que merece un extraordinario respeto, aquello que no debe ofenderse.

¿Qué novelas coinciden con esta premisa de la educación ambiental? Sin duda, varias, pero aquí, por limitación de espacio, solo se referirán tres.

Publicada en 1719, hace 301 años, *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, narra cómo un naufrago, desnudo y solitario, lucha por integrarse a una naturaleza a la vez amenazante y pródiga, a la que debe, al mismo tiempo, someterse y dominar para sobrevivir. Aunque la novela resulta una analogía de los procesos de colonización, el protagonista enfrenta su compleja situación a través de dos herramientas fundamentales: el conocimiento racional y la fe religiosa. En esta novela de Defoe, la naturaleza es un personaje esencial que al mismo tiempo resulta una amenaza y una posibilidad, es el peligro y lo que salva, es la abundancia que intimida, es el refugio y la hostilidad. El argumento presenta a Robinson y a Viernes, dos humanos semidesnudos inmersos en lo inconmensurable de la naturaleza; enfrentan el reto de comprenderla, en un juego complejo en el que se

entremezclan la soberbia y la humildad humana. En la novela la naturaleza no es orden ni caos, sino una intrincada red de ambos; es impredecible, inestable, llena de delicados equilibrios, como tres siglos después nos ha tocado entender.

Otra novela que coincide y nutre al pensamiento de la educación ambiental es una de las más reconocidas en América Latina en la primera mitad del siglo XX. Publicada en 1935, se trata de *Canaima*, del venezolano Rómulo Gallegos. Narra la intrincada historia de Marcos Vargas, un ciudadano que llega al territorio del río Orinoco y entre la violencia social, sus ansias por el oro, sus fracasos económicos, el amor frustrado y un rosario imposible de buenas intenciones termina derrotado y se adentra en la selva en una especie de suicidio civilizatorio. En esta novela, como en muchas otras de esa época, la naturaleza se presenta como un ente descomunal. Frente a ella los humanos son seres menores, temerosos y llenos de supersticiones ante el miedo que les provoca. Pero, al fin y al cabo, su espíritu indomable no los doblega a pesar de la abigarrada inmensidad de los paisajes naturales. Al igual que en Robinson Crusoe, *Canaima*, como muchas otras, son novelas en las que se conjugan las complejidades humanas, las ecosistémicas y las derivadas de la inmensidad de relaciones que surgen entre ambas. En *Canaima* la naturaleza es tiempo sin reloj, memoria y olvido, inabarcable cartelera de formas y colores, inventario imposible, patria del sol y de la sombra, columpio silencioso de la vida, caleidoscopio del paisaje... Y, hoy, la educación ambiental retoma parte de ello para convencernos de que la naturaleza no es un escombros ni un paisaje moribundo, sino un motivo de lucha para levantar maneras distintas de entenderla y amasarnos de nuevo en su misterio.

Segunda premisa: *hoy, desde la educación ambiental se asume que la vida es un prodigio, pero que la explotación desmedida que hemos hecho de la naturaleza nos revela la sombra de una némesis, es decir, un escarmiento a la desmesura, al abuso, al desastre y al atropello. Así, la educación ambiental advierte que*

nos acecha la amenaza de las catástrofes climáticas, pandémicas. Educar para comprender las posibilidades de la némesis, la manera de atenuarla o de adaptarse a ella resulta un principio de supervivencia humana.

¿Qué novelas sugieren este miedo a la némesis? En 1869 se publica una novela emblemática, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne. Al inicio de la obra aparece un monstruo marino que preocupa mucho a Europa, pues ha hundido a varios navíos. En respuesta se manda en una fragata a un comando armado, al que acompaña un profesor experto en Historia Natural, su asistente y un arpintero a deshacerse de la bestia, sin embargo, en una tormenta la nave zozobra y estos tres personajes son rescatados por el monstruo marino, que no es tal, sino un submarino comandado por el capitán Nemo, inventor y dueño de una desconocida embarcación sumergible (que resultó ser una idea visionaria de Verne). El capitán hace prisioneros a los tres referidos personajes y los obliga a viajar 20 mil leguas bajo el mar. Desde entonces esta novela ha maravillado al mundo, pero ahora destaco un elemento central en la obra: el acento que pone Verne en las largas descripciones sobre especies y parajes, una auténtica y documentada clase de biología marina, admirable para el siglo XIX. Es una novela que glorifica a las entrañas del mar, y, al igual que la educación ambiental hoy, entiende a la vida como exótica, misteriosa, infinita y pródiga. Un elemento que pasa casi desapercibido en la novela es el tema de la némesis, que en esta obra está personificada en el pretendido monstruo marino que aterraba a toda Europa. Este monstruo imaginario de Verne, al igual que la novela *Tiburón* (de Peter Benchley), de *King Kong* (de Delos Lovelace) y de algún modo la novela *El hombre-lobo en París* (de Guy Endore), reflejan el miedo, casi inconsciente, a una venganza de la vida contra la humanidad. Se teme, en una especie de cargo de conciencia, que el espíritu de la naturaleza se manifieste en alguna fuerza instintiva o en algún monstruo que cobre revancha contra la sociedad contemporánea por la simplificación y el

desprecio que ha hecho del complejo sentido de la vida. Venganza contra una ciencia a la que le han preocupado más las taxonomías científicas que la vida de las especies, revancha contra una tecnología más diseñada para dominar y explotar que para comprender. Hoy la némesis está más presente que nunca, en las obras literarias y cinematográficas, a través de invasiones de pájaros, ratas, langostas y marabuntas, en catástrofes apocalípticas, pandemias incontenibles; en distopías aterradoras.

Pero hay otro tipo de némesis que está contenida en literatura que surge en las sociedades de las postguerras mundiales, en donde la naturaleza queda desterrada y el medio ambiente se vuelve mecanizado y predecible, atrapado en los contornos citadinos. El referente más preclaro es la celeberrima novela *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, publicada en 1932, en la cual se retrata una sociedad sin alma, sin contacto con el entorno natural. En esta novela, una idea profética es la presencia de la biotecnología como herramienta de control y manipulación social, nunca de esperanza, mucho menos de reencuentro con las formas naturales de la vida.

Con este giro, cabe enfatizar, la literatura retrata una némesis distinta: la débil presencia de elementos naturales genera una sociedad envuelta en un ambiente vacío, sórdido, artificioso, mecanizado, donde la naturaleza deja de ser paisaje exuberante y mágico, abandona su papel de elemento vital y se presenta más como una presencia fantasmal que genera nostalgia, tristeza o simulada alegría y enraizamiento afectivo. En la misma tónica, la realidad dibujada por George Orwell, en su novela *1984*, publicada en 1948, carece de soles resplandecientes, cascadas y bosques; más bien, existe como un escenario cargado de un profundo desarreglo de la vida, de una incapacidad humana y natural de creación estética, donde una atmósfera desolada es otra posible manifestación de la némesis.

En ese tono apocalíptico que adquirió la novela de ciencia ficción, destaca la obra de James Graham Ballard, escritor inglés convertido en una especie de psiquiatra que registra la vida de una sociedad de-

mente. Novelista con rasgos de profeta letal, ya en 1962 puso a la modernidad delante del espejo y describe las consecuencias del entonces desapercibido calentamiento global en su novela *El mundo sumergido*. En un planeta casi totalmente inundado, una misión científica hospedada en los últimos pisos de los edificios más altos, busca la supervivencia mientras el calentamiento planetario avanza y la vegetación se hace una plaga implacable debido a explosiones solares. La novela aborda una idea central: la degradación ecológica acarrea una erosión existencial en el individuo, una descomposición social y la renuncia a valores humanos y culturales. Es decir, otra forma compleja de némesis que preocupa a la educación ambiental.

La fascinante novela *Los pasos perdidos*, publicada en 1953, del cubano Alejo Carpentier, tiene como argumento el viaje del protagonista en una especie de involución en el tiempo: sale de una ciudad cosmopolita y apabullante, pasa por una ciudad media latinoamericana, metida en enfrentamientos sociales y políticos, para llegar luego a un pequeño pueblo a la orilla de la selva, llamado Recuerdos del Porvenir, y al final a una aldea marcada por las características de la vida primitiva. La novela es una apasionante metáfora entre la marcada y tensa diferencia entre la selva de asfalto y la selva verde. Obviamente, simplificando el argumento: el héroe anónimo de la novela tiene que optar entre la vida cómoda, vacía, inútil de la gran ciudad o quedarse en la desconexión absoluta en medio de una vida arcaica. En este caso la némesis se presenta en una naturaleza que se convierte en la gran nostalgia, en la imposible vuelta a la sencillez, en la quimérica reinsertión en el paisaje primigenio. La novela de Carpentier nos dice que esa vuelta de tuerca hacia atrás dejó de ser posible, que nos toca mirar al horizonte, pero con otra concepción de mundo, otros paradigmas, otras lógicas.

Tercera premisa: *en su discurso inicial la educación ambiental puso énfasis en la necesidad de recuperar y conservar los ecosistemas naturales para garantizar*

la sobrevivencia de la especie humana. Con el transcurrir del tiempo, la educación ambiental ha ido enriqueciendo dicho planteamiento con la convicción de que es indispensable ver y conocer al otro, no sólo como concepto, sino en su realidad de carne y hueso, lo cual demanda un acercamiento ético. Pero la ética de la modernidad resulta claramente insuficiente para una visión más comprehensiva de los otros. Se necesita una distinta ontología de la otredad, que vaya más allá de restringir el concepto «del otro» sólo al humano y lo extrapole a la comunidad viva del planeta. Es decir, el otro ya no puede ser sólo el humano, sino que existen “otros otros” que hoy ya no pueden quedar fuera de las consideraciones éticas. Ello conduce a reconocer que la tajante división entre humanos y no humanos es muy tosca y maniquea. Hoy necesitamos nuevas ideas, nuevos conceptos y nuevas palabras para redefinir nuestra relación con todos los demás seres vivos, con la vida en toda su complejidad. En tal contexto, y frente a una profunda crisis ecológica, la educación ambiental viene insistiendo: no basta el amor a lo humano, pues nos ha estallado la necesidad de la biofilia, es decir, el amor a la vida en su conjunto, el cual pregonoó Erich Fromm (1983) y hoy constituye un pilar de la ética ambiental, además del reconocimiento a la indispensable interrelación e interdependencia de todas las formas de vida.

¿De qué novelas podríamos decir que heredamos este sentido de una otredad amplia e integral, es decir, de la biofilia?

Para empezar, es posible plantear, siempre a manera de hipótesis, que los animales han aparecido como elemento de preocupación central en la novela. Por ejemplo, en *El libro de las tierras vírgenes* o también conocido como *El libro de la selva*, publicado en 1903, el polémico Rudyard Kipling (acusado por algunos críticos de racista) aborda el tema de la relación compleja, llena de amor y odio, de competencia y solidaridad, entre el humano y los animales. Kipling muestra una enorme capacidad observadora y gracias a ello inscribe su obra con éxito en un abigarrado ecosistema de la India. Lobos, osos, panteras y tigres de bengala humanizados conviven

para bien y para mal. La novela, aunque se mantiene más en el plano de la aventura, nos lleva a la empatía, a la comprensión de los otros, a la reflexión sobre el conflicto interior del humano con su animalidad.

En 1903, Jack London publica *El llamado de la selva*, en la que explora los temas de la ambición humana, el maltrato a los animales y el dilema de un perro-lobo por seguir a lado de los humanos o irse al bosque con los lobos, todo en el hostil ambiente de Alaska. La novela aborda el recurrente tema de la sobrevivencia humana, pero también de otras especies, en medio de una naturaleza cruda e inhóspita, pero que promete enriquecer a quien encuentre tesoros en su vientre. London juega con una premisa muy cuestionable, pero efectiva: el lobo es salvaje, depredador, cruel, pero a pesar de ese espíritu bestial, llega a ser mejor que el humano. Al final el perro Buck, protagonista de la novela, prefiere irse al mundo de las fieras en lugar de seguir viviendo con los humanos, quizá convencido de que, a pesar de su mala fama, los lobos son más libres de ataduras. Ambas obras nos sugieren que la profunda contradicción entre el salvajismo y la delicadeza, entre la ternura y la crueldad, está interiorizada en el humano, y que esa condición opuesta la compartimos con los animales, que son parte sustantiva de la otredad. Por ello la biofilia nos exige acercarnos más a ellos en función de lo que nos hace iguales y no en función de lo que nos diferencia.

Quizá ninguna otra novela ponga tanto énfasis en la desconexión del humano con la vida que *Ismael*, de Daniel Quinn. En la larga conversación de un gorila con un humano se reflexiona, entre distintos temas, cómo la humanidad perdió de vista, en su definición de la otredad, a las demás especies vivas, derivado de un autoposicionamiento pobre, sesgado, soberbio y profundamente incomprensivo ante la complejidad de la vida. *Colmillo Blanco* de Jack London; *Belleza negra* de Ana Sewell, narrada desde los ojos de un caballo; *Flush*, de Virginia Woolf; y *Platero* de Juan Ramón Jiménez, también caminan en esta línea de enseñarnos que los animales, al hablar con los ojos, tienen su propia manera de nom-

brar el mundo, principio que se reconoce desde la educación ambiental.

En fin, la literatura se ha constituido en un registro, hermosamente subjetivo y sin convencionalismos científicos, de la relación humana con la naturaleza. Kundera nos dice "...si la razón de ser de la novela es la de mantener el 'mundo de la vida' permanentemente iluminado y la de protegernos contra 'el olvido del ser', ¿la existencia de la novela no es hoy más necesaria que nunca?". Lo mismo podemos decir de la educación ambiental.

Recomendaciones para la acción

1. El gusto por la lectura no se contagia con exhortaciones de los padres o los maestros, sino contagiando el propio gozo. Por lo tanto, lea y comente lo que lee, sin petulancias y sin imponer su punto de vista.
2. Cada obra literaria (un poema, un cuento, una novela...) está abierta a las interpretaciones. Sin el intercambio de ideas, las obras pierden parte de su fuerza y su sustancia, por ello genere espacios de diálogo para compartir los distintos significados que una obra produce.
3. El diálogo demasiado abierto tiende a la dispersión, de ahí la necesidad de emplear guías de análisis o de discusión, sobre todo para que ayuden a vincular la obra leída con algún o algunos temas del currículo.
4. Construya conclusiones colectivas para que el análisis no quede en el aire y el estudiante se

apropie más ordenadamente del discurso colectivo desplegado.

5. En una sociedad que eliminó la lectura en voz alta para aprender a escuchar y a comprendernos como parte de la educación elemental, es importante ayudar a los estudiantes a hacer uso de los elementos del paralenguaje que dan la intención de la lectura (puntuación, entonación, ritmo, fluidez...).
6. Obviamente, el profesor tiene que ser muy empático y sensible para encontrar aquellas lecturas que correspondan con la edad, los intereses y el perfil psicosocial de sus estudiantes.

Lecturas sugeridas

ESCOBAR MESA, A. (s/f), *Imagen del mundo natural americana*, en: http://docencia.udea.edu.co/comunicaciones/literaturacolombiana/pdf_files/tema4.pdf

FUENTES, C. (2011), *La gran novela latinoamericana*, México, Alfaguara.

FUENTES, C. (2012), *La novela y la vida. Cinco discursos*, México, Alfaguara.

GOMÍS, A. (1991), *Cómo acercarse a la literatura*, México, Conaculta.

También se sugiere, desde luego, la lectura de las novelas mencionadas en el artículo.

